

UNIDAD Y DEFENSA DEL IDIOMA

*Ponente:*D. DÁMASO ALONSO
(REAL ACADEMIA ESPAÑOLA).

La «Académie Française» tuvo su origen en el siglo XVII. La Real Academia Española fue fundada en el XVIII, a imitación de la francesa. Mantener y fomentar un elevado nivel de dignidad literaria fue misión, desde el principio, de ambas Academias. Junto a ello, o como parte integrante, velar por la pureza de la lengua.

A lo largo de los años la función de la Real Academia Española ha ido disminuyendo en lo que toca a la mera literatura. No por disminución de la calidad de la Academia, sino por el crecimiento y difusión de la literatura, sobre todo de su enseñanza y de los órganos de la crítica, a través de todo el país. Consideradas en la perspectiva de la literatura, las Academias podrán incluso parecer, a unos, una antigualla, a otros, unos organismos meramente decorativos.

No ocurre así en la perspectiva lingüística. La importancia lingüística de las Academias puede ser enorme. Más aún: esta posibilidad de eficazísima función, esta coyuntura que se les ofrece es un signo de nuestro tiempo. Una prueba de ello está en la reunión de estos Congresos, el primero, de Méjico, y el segundo, este de Madrid (y los que seguirán), y más aún, en que aquél se debiera a iniciativa estatal, y que uno y otro hayan sido amparados económicamente por los Gobiernos de Méjico y España. ¿Sabéis por qué? Porque la lengua está en peligro; porque nuestro idioma común está en un peligro pavorosamente próximo. Y para dirigir la lucha organizada contra ese peligro los únicos órganos adecuados son las Academias de la lengua. He aquí cómo a nuestras viejas instituciones de raigambre dieciochesca

se les abre ahora un panorama modernísimo: una posibilidad de ser órganos vivos, alerta, actualísimos, eficaces.

Soy sincero, y lo voy a decir en pocas palabras. Si me interesan las Academias de la Lengua Española, y el pertenecer a una de ellas, es casi únicamente porque espero (iba a decir «porque aún no he perdido la esperanza») que sean instrumentos adecuados para luchar contra ese peligro inmediato y pavoroso. Creo que estos Congresos deben ser, ante todo, exámenes de conciencia. ¿Vamos a ser, vamos a constituir órganos verdaderamente adecuados a las necesidades de los días que vivimos? Quiero la tradición: la buena y útil. Pero la otra, lo que hace falta es arrumbarla. A las Academias les convendría —es opinión puramente personal— arrojar la casaca dieciochesca. Estaríamos mucho más ágiles.

Sí, aun nuestro mismo lema puede resultar equivocado: «limpia, fija y da esplendor». ¿Qué esplendor? Señores, no se trata de esplendor alguno, sino de evitar que dentro de pocas generaciones los hispanohablantes no se puedan entender los unos a los otros. El problema que tenemos delante no es el de dar «esplendor», sino el de impedir que nuestra lengua se nos haga pedazos.

Por eso yo desearía que a la medalla que llevamos sobre el pecho, algún ingenioso emblemista le grabara otro lema más actual, un lema que expresara nuestra voluntad decidida de hacer todo lo posible por impedir la fragmentación de la lengua castellana.

En mí, eso está grabado en otra medalla mucho más honda, como que lo llevo metido en el corazón.

La inteligencia humana se puede proponer como objeto el lenguaje, con dos fines principales: el de estudiarlo o el de dirigirlo. El estudio desinteresado de la lengua, considerándola como otro objeto más de la curiosidad científica, casi se puede decir que comienza en el siglo XIX; durante ese siglo hace grandes avances en lo que toca a la recolección y recuento de materiales y a su primera ordenación y comparación; y en el siglo presente continúa con generosos intentos de alcanzar verdades más profundas, de llegar al conocimiento de un lenguaje (y del lenguaje) como organismo, en su funcionamiento estructural. La otra perspectiva, la de estudiar el lenguaje para dirigirlo, tiene una enorme antigüedad. La principal preocupación fue primero la de dirigirlo en el individuo (gramáticas normativas). Mezclada con ésta, aparece pronto otra: la de mejorarlo en la sociedad, es decir, la de guiarlo o modificarlo, dirección ya patente entre nosotros en una obra como el *Diálogo de la Lengua*, de Valdés. Lo que es nuevo es que los Estados mismos se ocupen de la dirección lingüística. Este fenómeno empieza, precisamente, con la fundación de las Academias, pero adquiere gran importan-

cia y desarrollo sólo en nuestro siglo. Pero entre los distintos Estados hay enormes diferencias.

De un lado, la máxima intervención lingüística; de otro, una total libertad. Representan el primer polo los Estados totalitarios. La última exageración de esta tendencia sería Rusia; en Rusia, y también en varios países satélites, los famosos artículos lingüísticos de Stalin, publicados pocos años antes de su muerte, produjeron un cambio súbito no sólo de toda la política lingüística, sino de toda la investigación científica del lenguaje. En Italia, en la época fascista, el interés estatal se concentró, sobre todo, en la lucha contra el extranjerismo; era consecuencia, por tanto, de la exacerbación nacionalista (sumamente peligrosa en materias de lenguaje). Desapareció por entonces de las gramáticas el uso de *lei* como pronombre de cortesía, sustituido por *voi*; se eliminaron de los periódicos muchas voces de origen extranjero y se sustituyeron por otras castizas, inventadas o resucitadas; los diccionarios, por ejemplo, el de Palazzi, traían como apéndice largas listas de extranjerismos que debían proibirse. Desaparecido aquel régimen, algunas de estas sustituciones, que eran útiles, persisten; otras, como la del empleo de *voi* en vez de *lei*, desaparecen.

La máxima libertad y despreocupación es la inglesa. Inglaterra, el Estado inglés, ha mantenido la más olímpica indiferencia ante los destinos de su idioma, a pesar de los pesares, a pesar de la enorme diseminación y utilización por gentes de climas y razas muy distintas, a pesar de las grandes diferencias de pronunciación patentes ya hoy entre los Estados Unidos y la antigua metrópoli. Una posición más vitalista que intelectual, una antigua enemiga a las limitaciones de la libertad han hecho posible lo que parece absurdo. Ni siquiera sintió Inglaterra la necesidad de una Academia de la Lengua. Y ese espíritu de libertad idiomática y cultural ha tenido hasta su clásico: el famoso ensayo *The Literary Influence of Academies*, que Matthew Arnold publicó en 1865.

Entre la coacción política totalitaria y la extrema libertad e indiferencia del inglés, en Francia, como siempre, lo que triunfa es la inteligencia. Allí dominan aún los criterios de pureza y de claridad; el público se sigue interesando siempre por las cuestiones del lenguaje (la sección lingüística de *Le Figaro* es desde hace mucho un éxito). La Academia, institución oficial, no tiene una autoridad de tipo legal coactivo, pero es, en general, respetada como supremo juez.

Hariamos muy mal si de este panorama quisiéramos sacar inmediatamente consecuencias para nuestro mundo hispánico. Las condiciones son muy distintas.

Nos puede ser simpática la total indiferencia estatal inglesa hacia los problemas de su idioma. Pero esta majestuosa indiferencia —diríamos, victoriana—, ¿va a poder durar mucho tiempo? Hay que decir que ha sido

posible por dos causas: en lo interior, por la condenación social —más rigurosa que en sitio alguno— de la pronunciación plebeya y, en general, del vulgarismo idiomático; y en lo exterior, por el prestigio de una poderosísima metrópoli en su relación con las colonias. Pero ¿qué ocurrirá el día en que éstas rompan todo vínculo? Para la salvación de la *koimé* de la lengua inglesa, frente al poder declinante de Inglaterra, se alza hoy el inmenso poderío aún creciente de los Estados Unidos.

Por su parte, ni Italia ni Francia nos sirven tampoco para la comparación. Sus problemas son esencialmente interiores. Francia tiene un imperio colonial, pero estas colonias no están desarrolladas aún de modo que se pueda preveer la formación inmediata de Estados francohablantes independientes. Esos problemas interiores, ante todo el de la pureza idiomática, que el pasado totalitarismo italiano quiso resolver por la fuerza, y tantos otros que la dureza y rapidez de la vida moderna traen consigo, preocupan hoy profundamente en Francia. La conciencia de que se atraviesa allí una peligrosa crisis idiomática ha dado origen a reflexiones como las que se contienen en el reciente libro *Cinq propos sur la langue française*¹, en que distintos especialistas estudian aspectos diferentes del problema y varios de ellos en términos alarmistas.

Sin embargo, esos problemas que preocupan o han preocupado recientemente a Italia y Francia, apenas si nos pueden preocupar a nosotros. No tenemos ni tiempo para considerarlos. Son problemas de decoración y pulimento, propios de una casa segura. El problema nuestro es otro: que no se nos hunda la casa. Por eso decía yo antes que el lema de nuestras medallas está completamente anticuado: por lo que tenemos que luchar es por la unidad fundamental de nuestra lengua.

Por ninguna parte en el mundo moderno existe el ejemplo magnífico que a los españoles nos llena de orgullo, porque por sí solo expresa cuál fué el espíritu de nuestra colonización, y que debe ser motivo de gloria para todo hispanohablante, de un idioma en que hablan 20 Estados plenamente soberanos e independientes, y que es lengua cooficial de otro (Filipinas); que es, además, la lengua de una isla que está asociada a los Estados Unidos (y prescindo en esta enumeración del número enorme de hispanohablantes en todo el Sur de los mismos Estados Unidos y de los que viven en una ciudad como Nueva York, y del español que se habla por tantos miles de hombres en el norte de Africa, y del de los sefardíes y de las —pocas— colonias españolas). En lo que sigue me atenderé sólo a los 20 Estados soberanos y a Puerto Rico.

¹ De Mario Roques, André Siegfried, Marcel Arland, Roger Heim, Léon Bérard, publicación de la Fondation Singer-Polignac.

Esto sólo basta para indicarnos el gran peligro de fragmentación de una lengua que ha llenado tantos recipientes políticos totalmente independientes entre sí.

¿Por dónde se puede producir la fragmentación? Este *dónde* pregunta por la parte o materia del organismo idiomático, y al mismo tiempo también por los lugares geográficos en que pueden aparecer las quiebras. Respecto a lo primero hay que decir que las roturas se producen en la fonética, en la sintaxis, en la morfología y también en el léxico; en cuanto a lo segundo, que allí donde hay o donde de nuevo se produce un límite político, hay un principio de rotura idiomática. Pero hay además grietas diferenciadoras que a veces no coinciden con las fronteras de un país. La cultura moderna, la radio, el intercambio de prensa y libros, los viajes y, sobre todo, la enseñanza, contribuyen a borrar la labor fragmentadora: pero el principio de quiebra está ahí, y bastan condiciones históricas favorables para que se ahonde y abra.

Es un craso error pensar en una sola quiebra que separara el español europeo a un lado y el español de América al otro. Así ligeramente lo piensan los que consideran algunos fenómenos unitivos de toda América, por ejemplo el seseo universal desde el Sur de los Estados Unidos hasta la Tierra del Fuego, o, en el léxico, voces como *manejar*, americano, frente a *conducir* (un automóvil) peninsular², etc.

Se trata sólo de una ilusión. En primer lugar, el seseo no separaría, porque una buena parte de España sesea (Andalucía, aparte del seseo de otras zonas, gallega, vasca, etc.). Pero, además, cada zona hispánica tiene sus fenómenos destructivos. Piénsese en las articulaciones próximas a *ǰ* del Río de la Plata (*cabaño* 'caballo') que podrían evolutivamente llevar hasta una *j*; como no cabe dudar que ha ocurrido en castellano: lat. *palea* > lat. vulg. *pália* > forma románica primitiva *pála* > cast. ant. *páza* > cast. mod. *paja*. Sátese ahora a Méjico, y obsérvese el extraordinario relajamiento de las vocales no acentuadas; téngase presente que el triunfo de una tendencia parecida a ésta es lo que determinó la gran diferenciación del francés frente al español y el italiano. Pásese inmediatamente a Chile y obsérvese la inclinación a la palatalización de las consonantes velares y guturales ante *e*, *i*: *la muxⁱér*, *la gⁱerra*. He aquí un fenómeno muy destructivo que de desarrollarse libremente puede contribuir en gran manera a alterar la fisonomía de un idioma; es el que produjo que la inicial del latín *kentum* esté representada en románico por sonidos tan distintos como esp. *θjénto*, fr. *sã*, ital. *ǰento*, etcétera. Curiosamente, a veces las innovaciones fonéticas se han refrenado

² Salvo en algunos puntos de Asturias donde se dice también *manejar*, por influjo sin duda de emigrantes repatriados.

más en Hispanoamérica que en España: en Madrid está admitida sin que se tenga por plebeya la pronunciación *-áo* < *-ado* (se rechaza, en cambio, como vulgar *-áo*). Pero en Buenos Aires no se tolera *-áo*, considerado como feo vulgarismo, y eso mismo ocurre en otras zonas de América. Esta diferenciación en el sentimiento social puede favorecer la evolución de *-áo* en España: sería *áo* > *áo* > *áu* > *óu* > *ó*; es decir, lo mismo que ha ocurrido con *-atu* en el cantón de los Grisones, en el alto engadino. Menéndez Pidal profetizó esta evolución de *-atu* entre nosotros. Parece lejana, pero una gran perturbación histórica la podría acelerar.

He aquí, pues, que en cualquier región de la gran *koiné* hispánica existen ya latentes, ya más o menos desarrolladas, las fuerzas fonéticas de tipo destructivo: basta que se produzcan circunstancias favorables para que se desarrollen rápidamente hasta su última consecuencia. Y las últimas consecuencias no se pueden prever, porque la destrucción o completa evolución de toda una serie de sonidos en una lengua trae consigo (hoy lo sabemos mejor por los estudios fonológicos) una serie de reajustes de otros sonidos, reajustes que pueden llegar hasta los más alejados.

Como esos ejemplos podríamos haber puesto muchos más. La fonética del mundo hispánico está, pues, bien cuarteada, con quiebras en todas las direcciones, quiebras que no se desarrollan, que no se abren más porque la intercomunicación y la educación las refrenan. Un siglo de profundas agitaciones puede traer un relajamiento de esas normas unitivas, y las quiebras se abrirían hasta ser abismos insalvables. Pero esos abismos podrían separar para siempre lo mismo Méjico de Buenos Aires, que Madrid de Buenos Aires o de Méjico.

Frente al gran relajamiento de vocales no acentuadas que hemos señalado en Méjico, el hablante argentino, que prolonga la vocal tónica, no sólo suele intensificar los acentos secundarios, sino que muchas veces resalta afectivamente vocales que no llevarían acento alguno. A esta luz, nada más opuesto entre sí que las tendencias que Buenos Aires y Méjico manifiestan en el tratamiento de las vocales; y en este punto Madrid queda como intermedio entre ambos extremos. La exageración de esas dos tendencias podría llevar a la lengua de Méjico y la Argentina por los derroteros más divergentes³.

³ La relajación y aun pérdida de vocales no acentuadas en Méjico, ha sido observada varias veces: Henríquez Ureña, *BDH*, IV, 336, y Matluck, *NRFH*, VI, 1952, 112-113; véase también Boyd-Bowman, en *NRFH*, VI, 138-139 (es cierto que, como dice este último, la pérdida de la vocal no acentuada se produce, ante todo, en contacto con *s*, pero aun sin este contacto tiene el mejicano de la altiplanicie una tendencia constante hacia el gran relajamiento de las vocales no acentuadas y aun en

Se podría ver en seguida que determinados fenómenos sintácticos pueden producir enormes quiebras dentro de la comunidad de hispanohablantes de América. Sólo con mirar el mapa del «voseo» que prepararon Tiscornia y Henríquez Ureña, y considerar la cantidad de anomalías respecto al uso tradicional que el «voseo» trae consigo para el sintagma y reajustes que por él se producen, nos damos cuenta de que estamos ante un poderoso elemento de disgregación. De una parte, porque en las dos principales zonas de voseo (la mayor, las repúblicas del Plata; la menor, en Centroamérica) los fenómenos secundarios a que da lugar no son iguales; en segundo término porque en las zonas de lucha entre tuteo y voseo se producen nuevos cruces; en tercero, porque extensas e importantes zonas (ante todo, la casi totalidad de Méjico) coinciden con el uso peninsular. Naturalmente que estas diferencias no son perturbadoras mientras el organismo idiomático de la *koiné* conserva solidez y sanidad generales. Pero los elementos disgregadores están también formando un a manera de organismo diferenciado. ¿Quién vencerá a quién?

Esto tiene especial interés para lo que vamos a decir del léxico. Todo el mundo está de acuerdo en la gran importancia que tienen los fenómenos de sintaxis o los de fonética en un proceso de fragmentación idiomática. En cambio, se suele creer que la diferenciación en cuanto a léxico carece de valor. Así lo han afirmado a veces muy ilustres filólogos.

Creo que es necesario distinguir: en una comunidad lingüística pluriestatal no hay peligro alguno en que cada Estado tenga las diferencias de léxico exigidas por sus peculiaridades de flora, fauna, costumbres, etc., o aun en que haya bastantes nombres diferenciados para flora, fauna, etc., de carácter más general. La comunidad idiomática pluriestatal soporta muy bien estas diferencias, lo mismo que ninguna comunidad uniestatal se ve en peligro por la existencia de parecidas diferenciaciones regionales.

Pero nuestra cultura, y lo mismo la lengua que la refleja, son una constante creación, una ininterrumpida agregación. Este aspecto creativo lingüístico-cultural tiene hoy una importancia enorme porque el ritmo de esa agregación de elementos nuevos es cada vez más veloz. No se piense en que la eliminación de elementos envejecidos restablece el equilibrio. No: la vida moderna exige cada vez más una mayor y más precisa diferenciación de nociones. Ello es evidente en lo que toca a la cultura material. Las sesiones de la Real Academia Española se dedican, quizá en su mayor parte, al empeño de canalizar y dar forma aceptable en castellano a ese alud de nombres técnicos que caen hoy sobre cualquier lengua. Si en una comuni-

ocasiones su pérdida). Esta tendencia es lo que principalmente hace a veces algo difícil para un castellano la comprensión de la conversación rápida entre mejicanos de las clases populares.

dad idiomática pluriestatal, en cada Estado se aclimatan voces distintas, el resultado es una creciente diferenciación de las voces que verdaderamente contienen la carga de nociones y juicios de un idioma (sustantivos, verbos). Teóricamente se puede llegar a la fragmentación total, aunque se mantuvieran sin la menor quiebra el sistema sintáctico y el fonológico. Pero no hace falta pensar en límites extravagantes como el que acabo de enunciar. Todos hemos sido testigos, ya en América, ya en España, de escenas como la que yo presencié, siendo aún niño: un pariente mío uruguayo quiso comprarse *medias* (en España, y en otros sitios de América, *calcetines*) en un comercio de Madrid. Resultado: varios minutos de mutua incompreensión. Imaginemos ahora lo que puede suceder si en una frase dos sustantivos y un verbo resultaran los tres equívocantes, etc.

Miremos ahora a lo que sucede con palabras de la cultura moderna.

Consideremos el *volante* del automóvil. Así se le llama en España y también en Argentina, Bolivia, Ecuador, Méjico, Paraguay, Uruguay, Venezuela. Mientras que en varios países, entre ellos Colombia, Cuba, Guatemala, Nicaragua y Perú, se llama *timón*. Chile emplea la voz *manubrio*. En Puerto Rico se oye *guía*. Los dos grupos más nutridos, *timón* y *volante*, ¿qué representan? Pensaríamos que *timón* fué natural elección de los países costeros. No nos hagamos ilusiones. Son sencillamente las dos direcciones culturales innovadoras que ha habido en el mundo hispánico: la del inglés americano (*steering-wheel*) y la francesa (*volant*). El Río de la Plata y España solían sufrir la segunda. Los países del Norte de Sudamérica, los de Centroamérica, Méjico y el mar de las Antillas, la primera. (Pero en este ejemplo, Méjico y Venezuela, por causas que habría que investigar, no van en el grupo que les correspondía.)

En el ejemplo que sigue el efecto se ha producido sobre el artículo. *La radio* decimos en España, y lo mismo en Argentina, Bolivia, Chile, Paraguay y Uruguay; pero desde Perú, Ecuador, Colombia y Venezuela hacia el Norte, sólo he oído *el radio*. Por un momento se piensa que en *la radio* se ha partido de *la radiodifusión*, *la radiotelefonía*; y en *el radio*, de *el radio-receptor*. Y será verdad, pero creo que lo que ha determinado el femenino de España y de los países de Sudamérica ha sido la forma francesa (reforzada, además, para el Plata, por la coincidencia italiana), mientras que en el Norte no hubo ese influjo y sí el del inglés americano *the radio*. Del artículo inglés *the* no sale determinación de feminidad (o "femineidad"), y como la voz terminaba en *-o*, la adaptación al masculino era lo más natural. Así, en los países del Norte se ha producido conflicto entre *el radio*, 'radio-receptor' y *el radio*, 'elemento químico'; no existe tal conflicto ni en los países del Sur ni en España, merced a la oposición *el radio: la radio*.

Si pasáramos otra vez al ambiente automovilístico, veríamos que el concepto 'dejar parado, y generalmente desocupado, un automóvil en la calle.

o en sitio destinado para ello' se expresa preferentemente por una de dos palabras, *parquear* o *estacionar*. La primera, anglicismo. ¿Y la segunda? Pues la segunda, galicismo. Y si enumeráramos por naciones, veríamos que el Sur (por Occidente, desde Perú; por el Este, desde Paraguay), se inclina por *estacionar* y el Norte por *aparcar*. Otra vez, la distribución del léxico es: Norte, influjo norteamericano; Sur, francés. Aquí no es tan claro, porque en algunos sitios se usan las dos voces. A dar algo de originalidad al conjunto vienen *atracar*, usado en el Plata, y *cuadrar*, en Colombia y Perú⁴. En España se oye también *aparcar*, *estacionar*, y, menos, *parquear*.

En el léxico de la sastrería, los cierres que en España tienen el nombre de *cremallera* (por comparación poco exacta con la *cremallera* conocida de antiguo en mecánica), se llaman en el Norte hispanoamericano (Centroamérica, Méjico y mar de las Antillas) *zipper*, nombre del inglés de América⁵; en algún sitio, como en Colombia, se oye *cremallera*; lo demás de Sudamérica está dividido entre la palabra francesa *éclair* (Chile, Bolivia) y la traducción de esa palabra al castellano, es decir, *relámpago* o *cierre relámpago* (Perú, Argentina, Uruguay, Ecuador, Paraguay). Otra vez Hispanoamérica se divide netamente en dos zonas: el Norte, influjo del inglés americano; el Sur, influjo francés. El uso español (*cremallera*), en América sólo aparece tímidamente aquí y allá.

Resulta, pues, que si se siguiera manteniendo el equilibrado reparto entre los influjos del inglés americano y del francés, en el Norte del conjunto hispanohablante, el léxico, fuertemente teñido de inglés, resaltaría con relación al galicista del Sur como contrastan dos franjas horizontales de una misma bandera (y España, frecuentemente, va con la zona galicista). Cuando eso se produce gota a gota, palabra tras palabra, durante más de un siglo, el resultado puede ser de importancia extraordinaria. Porque la comunidad de comprensión puede sufrir mucho, sobre todo si, como suele suceder, al mismo tiempo se han producido hendiduras de carácter fonético, morfológico y sintáctico. Y porque por detrás de esa división exterior hay otra, la que queda grabada en la mente misma de los hablantes por la profunda modificación de los campos semánticos y, en consecuencia, de las agrupaciones nocionales.

Véase un ejemplo. Se nos ofrece el verbo *chequear*, y casi siempre también el deverbativo *chequeo*, desde Ecuador, Colombia y Venezuela hacia el Norte (en Méjico, también *checar*) con el sentido de comprobar o con-

⁴ Creo que originariamente estos verbos tienen un matiz ligeramente distinto: no el estacionar el vehículo, sino el hacer la operación necesaria para ello; claro está que este matiz diferencial se pierde pronto.

⁵ En Cuba se oye también *riqui*, ¿onomatopeya?

trastar (una lista, etc.) o de explorar el estado general de la salud en un momento dado (*chequearse, hacerse chequear*). Desde esa línea hacia el Sur, ese verbo no se usa o sólo con el sentido de escribir o llenar cheques de banco, o pagar con ellos. Tampoco se emplea en España ⁶.

To check, en el inglés de los Estados Unidos (usado muchas veces con partículas, *to check up, to check in, to check out*) ha formado un extensísimo y complejo semantismo. Parte de él se ha revertido hacia el Sur. Con la voz va una distinta concepción de la vida y, claro está, una distinta ordenación nocional. Se exporta una voz, una serie de signos fonéticos, pero con ellos también un nuevo campo semántico. Y otra vez Hispanoamérica resulta atravesada como por una barra horizontal: al Norte, influjo del inglés americano; al Sur, en este caso, cero, ausencia de ese campo nocional.

Para mostrar la importancia fragmentadora de la diferenciación léxica he escogido algunos ejemplos que ponen en claro contraste el Norte y el Sur de la comunidad hispanohablante de América. Es sólo un aspecto, aunque importante, de cómo las diferenciaciones de léxico, repetidas en un mismo sentido (aquí influjo del inglés de América frente al influjo francés) pueden producir graves perturbaciones fragmentadoras. Antes de abandonar este terreno, tendría que decir, para ser del todo justo, que ese equilibrio de influjos probablemente no va a seguir: podemos preveer para la segunda mitad de este siglo un gran aumento del influjo norteamericano y una rápida disminución del francés.

Habría ahora que decir cuántos otros tipos de fragmentación léxica se producen dentro de cada país, o de cada zona, cuántas variaciones, diferentes divisiones o acumulaciones de campos semánticos, cuántos distintos empobrecimientos (la gran amplitud significativa de *ubicar* en el Río de la Plata, por ejemplo), y por el contrario, cuántos nacimientos de nuevas voces con nuevas especializaciones de significado. Cada país es una *koiné* cultural, de acción disgregadora con respecto a la *koiné* general. Quisiera sólo antes de terminar este tema llamar la atención hacia una triste causa de incomodidad y empobrecimiento en las relaciones idiomáticas dentro de la comunidad. Me refiero a las palabras obscenas. No hay que volver la cabeza con asco o equivocada pudibundez. Lo cierto es que hay hoy día una gran cantidad de voces que en unos países hispanohablantes son inocentísimas, y que en otros son impronunciables en conversación socialmente correcta. Más rara es, pero no dejan de darse algunos ejemplos, la existencia de palabras que en su origen eran netamente sexuales y que en parte de la comunidad con-

⁶ Estas palabras tienden a difundirse más y más. Hace pocos días en un diario madrileño se empleaba la voz *chequeo*, en sentido sanitario (aún iba entre comillas; es posible que pronto las deje).

servan ese carácter, mientras que lo han perdido por completo en otros sitios. Son temas éstos que habría que tratar ampliamente en el próximo Congreso de Academias. La creación humorística o metafórica en ese terreno es muy abundante: el viajero que rápidamente recorre todo el territorio de la comunidad hispánica (incluida la misma España), tiene que aprender en seguida, al llegar a cada sitio, cuáles son las nobles palabras que allí han tenido el triste destino de convertirse en fango.

En resumen: por todas partes dentro del organismo idiomático hispánico se están produciendo resquebrajaduras: éstas afectan tanto a lo fonético como a lo sintáctico, a lo morfológico o al léxico. Todos estos distintos tipos llevan en sí el germen de males muy graves. La dirección de esas resquebrajaduras es asimismo variadísima: unas veces divide el terreno hispanoamericano en dos zonas, y España va o no con una de las dos; otras veces, algo peculiar aísla a una determinada nación con relación a las demás. El edificio de nuestra comunidad idiomática está cuarteado.

Conocida es la profecía pesimista de Cuervo. Sabido es cómo luego otras voces alentadoras y optimistas se han levantado en contra (la de mi venerado maestro Menéndez Pidal, por ejemplo). Es cierto que tenemos hoy mucha más experiencia sobre la posibilidad de dirigir o encauzar una lengua: es notable, me decía hace poco un arabista, cómo en la Academia árabe han logrado arabizar muchas de las voces europeas que designan máquinas o inventos modernos, y cómo esas formas son aceptadas por tantos pueblos distintos; en pro de la unificación hemos visto cómo Portugal firmaba verdaderos tratados ortográficos con Brasil; y aun en nuestra península hemos visto con cuánto sentido de unidad los catalanes, en el lenguaje literario, han reducido a formas únicas, con una ortografía única, la anárquica variedad idiomática que reinaba entre ellos en el siglo último. Etc.

Se puede hacer mucho. Naturalmente que a la larga la profecía de Cuervo es valedera: no hay lengua en el mundo que no haya de fragmentarse o extinguirse un día. También nuestro mismo planeta terminará por ser una bola sobre la que la alegría de la voz humana ya no suene, y de la que al fin ha de desaparecer hasta la misma vida vegetal.

No nos importa esto, sino nuestro porvenir inmediato, de una inmediatez que podemos llamar el futuro histórico adivinable. Sobre ese futuro histórico humano podemos obrar. La rotura última de la comunidad idiomática castellana, puede ser retrasada bastantes siglos si actuamos con decisión y con sensata energía. ¿Qué es lo que podemos hacer?

Antes de contestar, voy a resumir aún, matizándolo, lo dicho, en forma de proposiciones que presento al Congreso:

A) Estado del problema.

1.^a La comunidad de hispanohablantes tiene hoy un maravilloso instrumento de perfecta comunicación: la lengua castellana.

2.^a En el uso de la lengua castellana en los distintos países y regiones de la comunidad se pueden observar elementos o rasgos peculiares, que por ahora no entorpecen o dificultan la normal intercomunicación entre las distintas partes de la *koiné*, pero que exagerados o desarrollados en el futuro llevarían a la fragmentación de la lengua hoy común.

3.^a Esas diferencias tocan más o menos por igual a la fonética, la morfología, la sintaxis y el vocabulario (y mínimamente a la ortografía). Pero considerados socialmente los distintos fenómenos diferenciadores tienen más intensidad en unos niveles que en otros. Los fonéticos y morfológicos se exageran más en medios populares y llegan, en general, reducidos o simplificados hasta las capas superiores. Los de léxico, por el contrario, se originan a veces en capas superiores (entre técnicos, negociantes, etc.), y desde allí se propagan.

4.^a Consideración especial merecen los problemas dialectales dentro de cada país. El problema principal es el que plantea la pronunciación que, sin intención de dar una explicación genética, llamaremos de tipo andaluz, no claro en el seseo, que no hay para qué tocar, sino en otros aspectos fonéticos, evitados en general por gentes cultas, y que son muy destructivos porque perturban la morfología (recuérdese por ejemplo la enorme extensión de *-s > -h*, Amado Alonso, *RFH*, I, 1939, 323).

5.^a Creo que forma parte también del problema la posición de los órganos mismos encargados de resolverlo, es decir, de las Academias. Es necesario que éstas cambien profundamente su idea de lo que puede ser la rectoría del lenguaje: que no se trata de un problema de impurezas, sino de próxima rotura. No tiene importancia ninguna para el idioma la introducción de un extranjerismo, con tal que se den dos condiciones: 1.^a Que la fonética y la morfología sean normales en castellano: ha sido una verdadera pena la introducción y propagación de *fútbol* con su *tb* impronunciable para las gargantas hispánicas, de donde resulta que cada uno lo dice a su modo —nuevo elemento de fragmentación—, *fúlbol*, *fúrbol*, *fúbol*, y *fulból*, *furból*, etc. (los italianos lo resolvieron muy bien resucitando su antiguo *calcio*); es grave asimismo el peligro de los plurales en *-s*, *dancings*, etc.⁷ 2.^a Que ese extranjerismo sea aceptado por todos los hispanohablantes.

El afán de pureza lingüística puede actuar también como agente provocador. Cuando un flagrante extranjerismo, o una voz erróneamente deriva-

⁷ Que ha señalado Emilio Lorenzo (*Dos notas sobre la morfología del español actual*, en «Estudios dedicados a Menéndez Pidal», t. VI, Con. S. de Inv. Cient., 1956).

da, o una acentuación antietimológica, etc., ruedan por todo el mundo hispánico y así todos los hispanohablantes se entienden, cuando tal ocurre, ¡no me toquéis ese extranjerismo, ese barbarismo, esa viciosa acentuación! Al querer corregir lo que todos decían, aquello con lo que todos se comunicaban perfectamente, no se hace sino introducir desorden y fragmentación en lo que era orden y unidad. ¡Cuánta anarquía y división han introducido en los inmensos espacios del castellano algunos imprudentes intentos de «limpiar» la lengua! Lo que todos los hispanohablantes nombran y dicen de una sola manera, es limpio porque está purificado por esa misma unidad. No lo toquéis: creéis «limpiar», y lo que inconscientemente hacéis es fomentar la fragmentación idiomática.

B) *Cómo debe ser la dirección de nuestro idioma común.*

1.º Para la rectoría, con miras al futuro, de nuestra lengua es necesario partir del actual *statu quo*: es decir, de la manera como se habla actualmente el castellano por la sociedad culta (medios universitarios, etc.) de cada uno de los países de nuestra comunidad idiomática. No se debe luchar contra las pequeñas diferencias existentes, sino admitirlas, como usos nacionales dentro de nuestra comunidad internacional. Hay que luchar, en cambio, con toda decisión y con todo entusiasmo, contra el ulterior desarrollo de esas tendencias. Es decir, admitiremos la pronunciación del *-ao* madrileño (*soldáo*), pero lucharemos para evitar que a través de *ao* llegue a *o* (que no haya un día en que *soldado* se diga *soldó*); admitiremos el rehilamiento argentino de *ll* e *y* (es decir, *cabaño* 'caballo'), pero procuraremos que ese sonido no pueda tener las evoluciones secundarias que ha tenido en otros sitios, etc. En el léxico, no querremos, de ningún modo, exigir que en toda la comunidad se diga *gasolina*, o se diga *gas*, ni tampoco que en todas se diga *nafta* o bien *bencina*. Pero lucharemos para tratar de impedir que cuando otro producto o invento nuevo llegue a la comunidad, se fragmente su denominación, desde un principio, como por desgracia ocurrió con la gasolina. En una palabra: mantenimiento del *statu quo* idiomático, con las variedades nacionales usuales entre gentes cultas; lucha, dentro de cada nación, contra el vulgarismo y (cuestión más delicada que no puedo tratar como merece por falta de tiempo) contra el dialectalismo.

2.º El ahondamiento o progresión de las diferencias (es decir, lo que queremos evitar) tiene ritmos y modos muy distintos.

En la fonética, y como consecuencia en la morfología, el avance de los fenómenos diferenciadores suele ser lento, apenas perceptible (aunque puede, cuando el medio es favorable, tener un desarrollo rápido en breve tiempo). Sería de desear la redacción de un *Manual de Fonética Hispánica* de

tipo normativo, es decir, que en él se registrara la pronunciación correcta, entendiendo por tal, como he explicado, la de las personas cultas de todos los países de nuestra comunidad idiomática, con las variaciones nacionales de cada país. Esas variaciones nacionales de ningún modo se reprimirían, tal como las practican los hablantes cultos. Pero en cada nación habría que luchar contra la exageración plebeya y deformación por ulterior desarrollo de esas tendencias. Hay que oponerse decididamente a todo intento de total uniformidad en la pronunciación de la comunidad hispana. Más aún, hay que rechazar de plano esa pronunciación normalizada, mixta, que la avidez de oro de los industriales de Hollywood suele defender: es una burda falsificación.

Más difícil es la defensa en el terreno morfológico y sintáctico. Serán admitidas las variaciones nacionales cuando se encuentren en los buenos escritores, y los usos del lenguaje hablado cuando sean generales en el país. No creo, personalmente (pero puede ser que esté equivocado), que tengan la menor ventaja los intentos de reposición del tuteo en la Argentina; creo que allí (y en las otras zonas donde existe) debe mantenerse el voseo, tal como se practica en medios cultos.

Creo lo más fácil la lucha en el terreno del vocabulario mediante atenta vigilancia y el servicio de urgencia que propongo después. Hay que tener en cuenta que aquí (al contrario de lo que ocurre en lo fonético) el mal está en la rapidez con que se producen las quiebras diferenciadoras. Basta a veces que un nuevo producto sea introducido en dos naciones distintas por compañías de diferentes países extranjeros para que la consecuencia sea que las dos naciones hermanas denominen aquel producto de manera diferente. Si a la primera aparición del producto tenemos un órgano avizor que dé la voz de alarma, todo se puede arreglar.

Ni que decir tiene que los órganos a quienes estará encomendada la ejecución del plan de defensa serán los pedagógicos, entendida la pedagogía en el sentido más amplio (antes y después y siempre, la escuela; y también los institutos o liceos y las universidades; y la radio, y la prensa). La dirección habrá de competir a las Academias. Por muchas razones. La principal, porque esta comunidad de las Academias ha de ser el más exacto espejo de la hermosa comunidad natural de nuestro idioma. Si el espejo no se rompe, nuestra lengua no se romperá. Esta corona de Academias es el único organismo que puede tener mirada a la vez nacional para las peculiaridades e intereses del propio país, y supranacional para los sagrados intereses de nuestra comunidad idiomática.

Para esta misión, y con ello vuelvo a un tema que ya rocé al principio, es necesario que las Academias se preparen. Me temo que será necesario también que se reformen a sí mismas.

Lo primero que hace falta es que cada académico de la lengua sea un ser entusiasta, bien persuadido de la nobleza (y también del interés material) de nuestra causa: la defensa de la unidad de lenguaje. Ocorre que, por muchas razones evidentes, las Academias —todas las del mundo— tienden a ser poco activas y entusiastas; al fin y al cabo, son entidades formadas por personas de edad, y que lo que prefieren es, sobre todo, evitar las incomodidades. Es necesario, creo, abrir las puertas a gente más joven, que disponga de más tiempo y esté especializada en lingüística. Y, claro está, es necesario que las Academias retribuyan generosamente el trabajo del académico que, con preparación técnica, quiera trabajar. Nada más absurdo y más contrario al sentido de nuestra época que el creer que el académico es el auténtico sastre del Campillo, que cosía de balde y ponía el hilo. Para esto habrá que convencer a los Estados de que el velar por el futuro de la lengua es trabajo difícil, y que debe ser bien retribuido.

Es necesario, además, que subordinado a cada Academia trabaje un Instituto de especialistas —retribuido también, claro está— que estudie los fenómenos actualísimos del lenguaje para dirigir o encauzar el desarrollo futuro. Y no hay que asustarse del nombre Instituto. El número de colaboradores puede ser muy variable: en un Estado de pequeña extensión territorial podría hacer el trabajo una sola persona, quizá un académico mismo. Otros Estados necesitarían un desarrollo algo mayor.

Puede servir de modelo lo que en la perspectiva histórica ha hecho la Real Academia Española, con sus ficheros de portentosa riqueza, y con su *Seminario de Lexicografía*, que funciona con método irreprochable y gran entusiasmo y exactitud, dirigido por el académico D. Julio Casares, con otro académico, D. Rafael Lapesa, como vicedirector. Esto (la recolección histórica del léxico) me parece muy importante y sería de desear que se hiciera en todas las Academias. Pero al lado de ese Instituto, existente ya, o, en otro caso, deseable, debería haber ese otro de especialistas que ahora propongo, académicos o no, pero siempre bajo dirección académica, que a base de los movimientos recientísimos de la lengua escudriñaran avizorantes su futuro y trataran de impedir su catastrófica rotura.

Estas ideas se condensan en las siguientes proposiciones:

C) *Medios para la defensa de la comunidad idiomática hispánica.*

1.º La dirección de la defensa de la lengua, dentro de cada nación hispanohablante, corresponde a su Academia; y dentro de la *koiné* idiomática hispánica a la comunidad de todas las Academias de nuestra lengua.

2.º En cada Academia se organizará un Instituto (o sección, o como se quiera llamar) formado por especialistas, académicos o no académicos, pero

que siempre estará dirigido por un académico. La función especial de este Instituto será el registro inmediato y el estudio de los modos de hablar (en lo fonético, morfológico, sintáctico y en el vocabulario) o de escribir, que puedan poner en peligro la comunidad idiomática. Estos Institutos formarán un fichero de todas las formas peligrosas (o sospechosas de serlo) para la unidad. Estarán alerta para sorprender las nuevas necesidades de denominación en el momento en que se produzcan (por ejemplo, por introducción de una nueva sustancia o aparato, etc.).

3.º Los presidentes de todos estos Institutos formarán una comisión interacadémica: cada miembro de ella actuará como representante de su propia Academia, para resolver con la rapidez necesaria en los casos de urgencia (denominación de conceptos nuevos, etc.), y en cualquier caso para comunicar los acuerdos de la comisión interacadémica a su propia corporación.

4.º Es necesario que las Academias convencan a sus respectivos Gobiernos de la necesidad de suministrar fondos para organizar esta defensa del idioma.

No sé, no entiendo mucho de estas zarandajas administrativas: seguramente habrá ahí mucho que modificar.

Sólo me daría por satisfecho si quedara demostrado:

1.º Que la lucha por la «pureza» del idioma pudo ser el santo y seña del siglo XIX, pero que hoy ya no puede ser nuestro principal objetivo: nuestra lucha tiene que ser para impedir la fragmentación de la lengua común. ¡Bienvenida una impureza, un extranjerismo, si se adapta bien a nuestras costumbres fonéticas y todos los hispanohablantes lo adoptamos a una! «Unidad idiomática»: ésa debe ser nuestra principal preocupación.

2.º Que es necesaria la creación de un organismo interacadémico cuya exclusiva atención sea la unidad idiomática. Que dentro de cada Academia tiene que funcionar otro Instituto de especialistas con el mismo lema: Unidad idiomática.